

PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA



“El indispensable compromiso de los laicos en la vida pública de los países latinoamericanos”

RECOMENDACIONES PASTORALES

Reunión Plenaria

1-4 de marzo de 2016
Ciudad del Vaticano



LIBRERIA EDITRICE VATICANA

PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA

“El indispensable compromiso de los laicos en la vida pública de los países latinoamericanos”

RECOMENDACIONES PASTORALES

Reunión Plenaria

INTRODUCCIÓN

Del 1 al 4 de marzo de 2016 tuvo lugar en el Vaticano la Asamblea plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina, cuyos miembros y consejeros son, en su gran mayoría, Señores Cardenales y Obispos de diversos países de la región.

El tema considerado en esta reunión tuvo como título: “El indispensable compromiso de los laicos en la vida pública de los países latinoamericanos”. Este tema fue escogido personalmente por el Santo Padre Francisco y trajo consigo los ecos de una fuerte afirmación del papa Benedicto XVI en su discurso de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, incluida en el documento de conclusiones de esta Conferencia: “una notable ausencia en el ámbito político, comunicativo y universitario de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas” (n.502).

Esta breve publicación recoge las “reflexiones conclusiva” de esa Asamblea Plenaria, acompañada por una “síntesis de recomendaciones pastorales”, precedida por el texto de una muy importante carta del Santo Padre Francisco.

Diez días después de concluida la Asamblea, recibí, como Presidente de la Comisión Pontificia para América Latina, una carta del papa Francisco relativa a los temas debatidos. La importancia con que el Santo Padre afronta estos temas se manifiesta claramente con la inusual iniciativa de escribir personalmente una carta días después de concluida la “Plenaria” de uno de los organismos de la Curia Romana, sino también con la fuerte expresividad de sus profundos e interpelantes contenidos. Esta carta del Papa merece la mayor atención.

Nos parece necesario y oportuno que esta publicación tenga la mayor difusión posible en el seno de las Iglesias locales de América Latina. Interesa, en primer lugar, a los Señores Obispos y a sus colaboradores en el ministerio pastoral, pero tiene como interlocutores fundamentales a los fieles laicos y, en modo especial, a aquéllos que ejercen responsabilidades en los diversos campos de la vida pública. Nos interesa, además, que estas reflexiones tengan un seguimiento a nivel de las Iglesias locales, llamadas a una conversión pastoral y misionera, en proximidad misericordiosa y solidaria a los sufrimientos y esperanzas de los pueblos.

Marc Card. Ouellet
Presidente de la Comisión Pontificia para América Latina

A Su Eminencia Cardenal
Marc Ouellet
Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina
Eminencia:

Al finalizar el encuentro de la Comisión para América Latina y el Caribe tuve la oportunidad de encontrarme con todos los participantes de la asamblea donde se intercambiaron ideas e impresiones sobre la participación pública del laicado en la vida de nuestros pueblos.

Quisiera recoger lo compartido en esa instancia y continuar por este medio la reflexión vivida en esos días para que el espíritu de discernimiento y reflexión "no caiga en saco roto"; nos ayude y siga estimulando a servir mejor al Santo Pueblo fiel de Dios.

Precisamente es desde esta imagen, desde donde me gustaría partir para nuestra reflexión sobre la actividad pública de los laicos en nuestro contexto latinoamericano. Evocar al Santo Pueblo fiel de Dios, es evocar el horizonte al que estamos invitados a mirar y desde donde reflexionar. El Santo Pueblo fiel de Dios es al que como pastores estamos continuamente invitados a mirar, proteger, acompañar, sostener y servir. Un padre no se entiende a sí mismo sin sus hijos. Puede ser un muy buen trabajador, profesional, esposo, amigo pero lo que lo hace padre tiene rostro: son sus hijos. Lo mismo sucede con nosotros, somos pastores. Un pastor no se concibe sin un rebaño al que está llamado a servir. El pastor, es pastor de un pueblo, y al pueblo se lo sirve desde dentro. Muchas veces se va adelante marcando el camino, otras detrás para que ninguno quede rezagado, y no pocas veces se está en el medio para sentir bien el palpitar de la gente.

Mirar al Santo Pueblo fiel de Dios y sentirnos parte integrante del mismo nos posiciona en la vida y, por lo tanto, en los temas que tratamos de una manera diferente. Esto nos ayuda a no caer en reflexiones que pueden, en sí mismas, ser muy buenas pero que terminan funcionalizando la vida de nuestra gente, o teorizando tanto que la especulación termina matando la acción. Mirar continuamente al Pueblo de Dios nos salva de ciertos nominalismos declaracionistas (slogans) que son bellas frases pero no logran sostener la vida de nuestras comunidades. Por ejemplo, recuerdo ahora la famosa expresión: "es la hora de los laicos" pero pareciera que el reloj se ha parado.

Mirar al Pueblo de Dios, es recordar que todos ingresamos a la Iglesia como laicos. El primer sacramento, el que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre orgullosos es el del bautismo. Por el y con *la unción del Espíritu Santo*, (los fieles) *quedan consagradas como casa espiritual y sacerdocio santo* (LG 10) Nuestra primera y fundamental consagración hunde sus raíces en nuestro bautismo. A nadie han bautizado cura, ni obispo. Nos han bautizados laicos y es el signo indeleble que nunca nadie podrá eliminar. Nos hace bien recordar que la Iglesia no es una elite de los sacerdotes, de los consagrados, de los obispos, sino que

todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios. Olvidarnos de esto acarrea varios riesgos y/o deformaciones en nuestra propia vivencia personal como comunitaria del ministerio que la Iglesia nos ha confiado. Somos, como bien lo señala el Concilio Vaticano II, el Pueblo de Dios, cuya *identidad es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo* (LG 9). El Santo Pueblo fiel de Dios está ungido con la gracia del Espíritu Santo, por tanto, a la hora de reflexionar, pensar, evaluar, discernir, debemos estar muy atentos a esta unción.

A su vez, debo sumar otro elemento que considero fruto de una mala vivencia de la eclesiología planteada por el Vaticano II. No podemos reflexionar el tema del laicado ignorando una de las deformaciones más fuertes que América Latina tiene que enfrentar - y a las que les pido una especial atención - el clericalismo. Esta actitud no sólo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente. El clericalismo lleva a la funcionalización del laicado; tratándolo como "mandaderos", coarta las distintas iniciativas, esfuerzos y hasta me animo a decir, osadías necesarios para poder llevar la Buena Nueva del Evangelio a todos los ámbitos del quehacer social y especialmente político. El clericalismo lejos de impulsar los distintos aportes, propuestas, poco a poco va apagando el fuego profético que la Iglesia toda está llamada a testimoniar en el corazón de sus pueblos. El clericalismo se olvida que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia pertenece a todo el Pueblo de Dios (cfr. LG 9-14) Y no solo a unos pocos elegidos e iluminados.

Hay un fenómeno muy interesante que se ha producido en nuestra América Latina y me animo a decir, creo que es de los pocos espacios donde el pueblo de Dios fue soberano de la influencia del clericalismo: me refiero a la pastoral popular. Ha sido de los pocos espacios donde el pueblo (incluyendo a sus pastores) y el Espíritu Santo se han podido encontrar sin el clericalismo que busca controlar y frenar la unción de Dios sobre los suyos. Sabemos que la pastoral popular como bien lo ha escrito Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, *tiene ciertamente sus límites. Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, pero prosigue, cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente "piedad popular", es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad ... Bien orientada, esta religiosidad popular puede ser cada vez más, para nuestras masas populares, un verdadero encuentro con Dios*

en Jesucristo. (EN 48) El Papa Pablo usa una expresión que considero es clave, la fe de nuestro pueblo, sus orientaciones, búsquedas, deseo, anhelos, cuando se logran escuchar y *orientar* nos terminan manifestando una genuina presencia del Espíritu. Confiemos en nuestro Pueblo, en su memoria y en su "olfato", confiemos que el Espíritu Santo actúa en y con ellos, y que este Espíritu no es solo "propiedad" de la jerarquía eclesial.

He tomado este ejemplo de la pastoral popular como clave hermenéutica que nos puede ayudar a comprender mejor la acción que se genera cuando el Santo Pueblo fiel de Dios reza y actúa. Una acción que no queda ligada a la esfera íntima de la persona sino por el contrario se transforma en cultura; *una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida.* (EG 68)

Entonces desde aquí podemos preguntarnos, ¿qué significa que los laicos estén trabajando en la vida pública?

Hoy en día muchas de nuestras ciudades se han convertidos en verdaderos lugares de supervivencia. Lugares donde la cultura del descarte parece haberse instalado y deja poco espacio para una aparente esperanza. Ahí encontramos a nuestros hermanos, inmersos en esas luchas, con sus familias, intentando no solo sobrevivir, sino que en medio de las contradicciones e injusticias, buscan al Señor y quieren testimoniar lo. ¿Qué significa para nosotros pastores que los laicos estén trabajando en la vida pública? Significa buscar la manera de poder alentar, acompañar y estimular todo los intentos, esfuerzos que ya hoy se hacen por mantener viva la esperanza y la fe en un mundo lleno de contradicciones especialmente para los más pobres, especialmente con los más pobres. Significa como pastores comprometernos en medio de nuestro pueblo y, con nuestro pueblo sostener la fe y su esperanza. Abriendo puertas, trabajando con ellos, soñando con ellos, reflexionando y especialmente rezando con ellos. *Necesitamos reconocer la ciudad –y por lo tanto todos los espacios donde se desarrolla la vida de nuestra gente– desde una mirada contemplativa, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas... Él vive entre los ciudadanos promoviendo la caridad, la fraternidad, el deseo del bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero.* (EG 71) No es nunca el pastor el que le dice al laico lo que tiene que hacer o decir, ellos lo saben tanto o mejor que nosotros. No es el pastor el que tiene que determinar lo que tienen que decir en los distintos ámbitos los fieles. Como pastores, unidos a nuestro pueblo, nos hace bien preguntamos cómo estamos estimulando y promoviendo la caridad y la fraternidad, el deseo del bien, de la verdad y la justicia. Cómo hacemos para que la corrupción no anide en nuestros corazones.

Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis y poco hemos reflexionado como acompañar a un

bautizado en su vida pública y cotidiana; cómo él, en su quehacer cotidiano, con las responsabilidades que tiene se compromete como cristiano en la vida pública. Sin darnos cuenta, hemos generado una elite laical creyendo que son laicos comprometidos solo aquellos que trabajan en cosas "de los curas" y hemos olvidado, descuidado al creyente que muchas veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe. Estas son las situaciones que el clericalismo no puede ver, ya que está muy preocupado por dominar espacios más que por generar procesos. Por eso, debemos reconocer que el laico por su propia realidad, por su propia identidad, por estar inmerso en el corazón de la vida social, pública y política, por estar en medio de nuevas formas culturales que se gestan continuamente tiene exigencias de nuevas formas de organización y de celebración de la fe. ¡Los ritmos actuales son tan distintos (no digo mejor o peor) a los que se vivían 30 años atrás! *Esto requiere imaginar espacios de oración y de comunión con características novedosas, más atractivas y significativas –especialmente– para los habitantes urbanos.* (EG 73) Es obvio, y hasta imposible, pensar que nosotros como pastores tendríamos que tener el monopolio de las soluciones para los múltiples desafíos que la vida contemporánea nos presenta. Al contrario, tenemos que estar al lado de nuestra gente, acompañándolos en sus búsquedas y estimulando esta imaginación capaz de responder a la problemática actual. Y esto discerniendo con nuestra gente y nunca por nuestra gente o sin nuestra gente. Como diría San Ignacio, "según los lugares, tiempos y personas". Es decir, no uniformizando. No se pueden dar directivas generales para una organización del pueblo de Dios al interno de su vida pública. La inculturación es un proceso que los pastores estamos llamados a estimular alentado a la gente a vivir su fe en donde está y con quién está. La inculturación es aprender a descubrir cómo una determinada porción del pueblo de hoy, en el aquí y ahora de la historia, vive, celebra y anuncia su fe. Con la idiosincrasia particular y de acuerdo a los problemas que tiene que enfrentar, así como todos los motivos que tiene para celebrar. La inculturación es un trabajo de artesanos y no una fábrica de producción en serie de procesos que se dedicarían a "fabricar mundos o espacios cristianos".

Dos memorias se nos pide cuidar en nuestro pueblo. La memoria de Jesucristo y la memoria de nuestros antepasados. La fe, la hemos recibido, ha sido un regalo que nos ha llegado en muchos casos de las manos de nuestras madres, de nuestras abuelas. Ellas han sido, la memoria viva de Jesucristo en el seno de nuestros hogares. Fue en el silencio de la vida familiar, donde la mayoría de nosotros aprendió a rezar, a amar, a vivir la fe. Fue al interno de una vida familiar, que después tomó forma de parroquia, colegio, comunidades que la fe fue llegando a nuestra vida y haciéndose carne. Ha sido también esa fe sencilla la que muchas veces nos ha acompañado en los distintos avatares del camino. Perder la memoria es desarraigarnos de dónde venimos y por lo tanto, nos sabremos tampoco a donde vamos. Esto es clave, cuando desarraigamos a un laico de su fe, de la de sus orígenes; cuando lo desarraigamos del Santo Pueblo fiel de Dios, lo desarraigamos de su identidad bautismal y así le

privamos la gracia del Espíritu Santo. Lo mismo nos pasa a nosotros, cuando nos desarraigamos como pastores de nuestro pueblo, nos perdemos.

Nuestro rol, nuestra alegría, la alegría del pastor está precisamente en ayudar y estimular, al igual que hicieron muchos antes que nosotros, sean las madres, las abuelas, los padres los verdaderos protagonistas de la historia. No por una concesión nuestra de buena voluntad, sino por propio derecho y estatuto. Los laicos son parte del Santo Pueblo fiel de Dios y por lo tanto, los protagonistas de la Iglesia y del mundo; a los que nosotros estamos llamados a servir y no de los cuales tenemos que servirnos.

En mi reciente viaje a la tierra de México tuve la oportunidad de estar a solas con la Madre, dejándome mirar por ella. En ese espacio de oración pude presentarle también mi corazón de hijo. En ese momento estuvieron también ustedes con sus comunidades. En ese momento de oración, le pedí a María que no dejara de sostener, como lo hizo con la primera comunidad, la fe de nuestro pueblo. Que la Virgen Santa interceda por ustedes, los cuide y acompañe siempre,

Vaticano, 19 de marzo de 2016

+Francisco

REFLEXIONES CONCLUSIVAS DE LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA COMISIÓN PONTIFICIA PARA AMÉRICA LATINA

INTRODUCCIÓN

Es prácticamente imposible pretender recapitular sintéticamente todo lo que ha sido escuchado y compartido en la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina, que tuvo lugar en el Vaticano del 1 al 4 de marzo de 2016, con el tema: “El indispensable compromiso de los laicos católicos en la vida pública de los países latinoamericanos”. En la sesión conclusiva fue presentado un cuadro general de los grandes temas abordados, enriquecido por observaciones y sugerencias de los Prelados miembros y consejeros de la Comisión Pontificia. Estas reflexiones conclusivas han sido comunicadas al Santo Padre Francisco y a los Obispos y Conferencias Episcopales de América Latina, que son los primeros interlocutores de la Comisión Pontificia. Sin duda, ellas interesarán a muchas instancias pastorales y, en modo especial, a numerosos laicos directamente implicados en el tema escogido.

CON UNA MIRADA CRISTIANA Y EL CORAZÓN DEL BUEN PASTOR

El Episcopado latinoamericano en Aparecida y el pontificado del papa Francisco, especialmente en su Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* y en sus viajes apostólicos a nuestro continente – cuyos ecos han resonado con gratitud en esta Asamblea Plenaria Pontificia – urgen a afrontar y abrazar la vida de nuestros pueblos latinoamericanos con una mirada cristiana, con el corazón del Buen Pastor, con nuestra solicitud apostólica, misionera y de servicio en la caridad.

El Papa Francisco nos enseña que el camino que marcó y guió su reciente viaje apostólico en México fue el de dejarse mirar por María Santísima, en su invocación e imagen sagrada de Nuestra Señora de Guadalupe, para poder tocar las fibras más profundas del pueblo mexicano y comunicarle lo que la Madre del Verbo encarnado puso en su corazón, como eco de aquel “Haced lo que Él os diga” (cfr. Jn 2, 5). En efecto, las apariciones de la “Guadalupeana”, precisamente en tiempos de gestación dramática de los pueblos del Nuevo Mundo y de propagación del Evangelio de Cristo hacia todas las Américas, la mostró como Madre que refleja en su mirada la ternura y el consuelo del amor misericordioso de Dios y que dona a su Hijo para la salvación de muchos. Ella es reconocida también como Madre de nuestros pueblos, la primera discípula y misionera, pedagoga del Evangelio, abriendo caminos al bautismo generalizado de sus hijos para incorporarse a Cristo, convertirse en hijos e hijas de Dios, ungidos por el Espíritu Santo.

Sin la referencia a la Trinidad y a la Madre del “mismísimo Dios por quien se vive” – palabras de Nuestra Señora de Guadalupe en el “Nican Mopohua” -, nuestra mirada se opaca y la originalidad histórico-cultural, la identidad profunda y la tensión a la unidad de los pueblos latinoamericanos se vuelve enigma incomprensible o reducido según las ópticas parciales y engañosas de paradigmas ideológicos.

AFRONTAR SITUACIONES MUY CRÍTICAS

No ha faltado el coraje profético a los Sucesores de Pedro y a los Obispos latinoamericanos para marcar a fuego el pecado que se condensa en estructuras de injusticia, situaciones de violencia y mentalidades de mentira que se sufren en nuestras naciones y que se descargan especialmente contra sus sectores más vulnerables y desamparados. Tuvimos muy presente el magisterio del papa Francisco en su crítica a la idolatría del dinero y a sus secuelas de injusticias, desigualdades, violencias y exclusiones, así como la “mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad” latinoamericana que nos transmitió el documento de Aparecida.

Sintéticamente puede afirmarse que si bien en gran parte de América Latina, sobre todo gracias a un escenario internacional favorable, hemos contado con una década de fuerte crecimiento económico, de algunos índices de disminución relativa de la pobreza, de incorporación al banco de trabajo, a la sociedad de consumo elemental y a los servicios públicos de algunas decenas de millones de latinoamericanos que estaban al margen de cualquier beneficio, de mayores redes de cooperación e integración entre nuestros países y de diversificación de relaciones y creciente protagonismo en la escena internacional, todo ello no quiere decir que no subsistan gravísimos problemas irresueltos, dramáticos, que se arrastran y agravan en nuestras sociedades.

Inicuas desigualdades sociales muestran a pocos que acumulan poder y fortunas en modo escandaloso ante multitudes desechadas, excluidas, descartadas, condenadas a la lucha por la sobrevivencia. ¡Cuántos son los latinoamericanos que vemos constringidos a abandonar su familia, su terruño, su patria natal, para emprender los inciertos y penosos caminos de los migrantes, plagados de todo tipo de vejaciones y discriminaciones! Sufrimos crecientes atrasos en nuestros sistemas educativos y el bien de los procesos de democratización trasluce también todas las fragilidades y miserias de nuestras instituciones. Sectores de altos contenidos científicos y tecnológicos subsisten con vastas áreas ligadas todavía a modalidades neolíticas. Continúan las formas depredadoras de los riquísimos recursos naturales de nuestras tierras, sin cuidado ambiental ni riquezas compartidas. Si bien no tenemos situaciones de guerra entre nuestros países hermanos, la violencia se ha ido generalizando por doquier, en formas terribles, alimentada por la metástasis del narcotráfico y su veneno disgregante y corruptor del temple humano, de la convivencia social y de las mismas instituciones.

Para peor, el ciclo coyuntural que se está abriendo en América Latina, bajo condiciones internacionales desfavorables, no sólo muestra la incapacidad de afirmar políticas de Estado de cierto respiro histórico, más allá de tales coyunturas y de oscilaciones pendulares, sino que se cierne como tiempo de “vacas flacas”, amenazando los logros sociales obtenidos en la década pasada.

HERIDAS Y ESPERANZAS

¡Son tantos los heridos en el cuerpo y en el alma que encontramos por las calles de nuestras ciudades y por los caminos de nuestros países en América Latina! El Papa nos ha invitado no pocas veces a pedir “el don de las lágrimas” para purificar la mirada, para afrontar toda la realidad sin censurarla, para conmovernos en la caridad y solidaridad, mientras compartimos con ellos nuestras propias heridas. Nos interpelan los rostros sufridos de los excluidos y descartados de la mesa común, de los migrantes y refugiados en su *via crucis*, de los niños y ancianos abandonados, de las mujeres maltratadas, de las víctimas de la violencia y las drogas, de los hacinados en cárceles deshumanas, de los enfermos sin cuidados. Ellos son los que completan en su carne lo que falta a la Pasión de Cristo. Por eso mismo, nuestros pueblos se identifican en las imágenes del Crucificado.

Sin embargo, nuestros pueblos están sí desgarrados pero no abatidos, sufridos pero no deprimidos. La semilla fecunda del Evangelio que cayó en la buena tierra americana, bien arraigada, ha florecido en el camino del santo pueblo de Dios entre nosotros, en la fe de muchos, en la inculturación de los misterios de Dios en la religiosidad popular de los pobres y sencillos de corazón. Y más aún: sin ella no se comprende ese profundo sentido de la propia dignidad de nuestra gente, su pasión por la justicia, sus sentimientos y actitudes de solidaridad ante las circunstancias dramáticas de vida de sus semejantes en las calamidades sociales y naturales que los afligen, esa fraternidad que procede del reconocimiento de un Padre común y en un círculo de fraternidad muy ampliada, más allá de fronteras, que nos hace reconocer como latinoamericanos.

Sin ese “humus” cristiano no se explica el sentido de familia y del bien del hogar tan presentes en nuestros pueblos, aun cuando se viva en condiciones muy desarregladas, ni la alegría de vivir incluso en situaciones muy duras de existencia, ni la esperanza viva contra toda esperanza.

Tenemos muchos signos de una cultura de muerte en América Latina – como en la matanza de los inocentes y en las víctimas de la violencia, las drogas y el hambre -, pero son más fuertes las energías de humanidad, de vitalidad, de esperanza de nuestros pueblos, porque profundamente arraigadas en la victoria del Resucitado (cfr. Aparecida, n. 13).

EL TIEMPO DE LA MISERICORDIA

“Éste es (también para América Latina) el gran tiempo de la Misericordia”, el tiempo en que estamos llamados especialmente a reconciliarnos con Dios, que abraza nuestras miserias para perdonarnos, purificarnos y salvarnos.

“Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento – escribe el papa Francisco en su Bula *Misericordiae Vultus* – existen en el mundo de hoy! Cuántas heridas sellan la carne de muchos (...). No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privadas de la dignidad, y sintámonos provocados a

escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y fraternidad (...)"

"En este Jubileo –prosigue aquel documento – la Iglesia será llamada a curar aun más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención". Por eso, es vivo deseo del Papa – que compartimos de todo corazón – que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales", como "modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina".

Es la misericordia que mueve a la justicia y, a la vez, la anima desde dentro, evita que se degrade en nuevas formas de opresión y la plenifica.

RENOVAR EL ENCUENTRO PERSONAL CON JESUCRISTO

En estos tiempos del primer papa latinoamericano de la historia de la Iglesia – que pone a nuestros pueblos, naciones e Iglesias en una situación singular – y especialmente en este año jubilar de gracias, cada uno de los cristianos latinoamericanos ha de sentirse especialmente invitado, "en cualquier situación en que se encuentre, a renovar aquí y ahora mismo, su encuentro personal con Cristo o, al menos, a dejarse encontrar por Él (...)" (cfr. S.S. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 3).

Ya fueron urgidos por San Juan Pablo II a "abrir las puertas de par en par a Cristo" las puertas del corazón y de todos los ámbitos de la convivencia social y política (cfr. 22 de octubre de 1988). Él nos llamó a "recomenzar desde Cristo" (Encíclica *Novo millennio ineunte*, n.29), sin dar la fe por presupuesta ni por descontada, ni vivir de rentas de nuestro patrimonio cristiano, ni reposarnos en los laureles. Y el papa Francisco nos dice en la *Evangelii Gaudium* (n.7) que no se cansará de repetir aquella frase del papa Benedicto que lleva al corazón del Evangelio: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (cfr. Encíclica *Deus caritas est*, n. 1).

El sucederse sorprendente de palabras y gestos del papa Francisco en estos tres años de pontificado buscan por todos los medios - que provienen de su temperamento, de su experiencia pastoral y de las mociones del Espíritu de Dios – a conducirnos y ayudarnos a ese encuentro. Quiere desestabilizarnos de nuestros hábitos rutinarios, de nuestro acomodamiento mundano, de nuestra tranquilidad aburguesada, para reconocer nuestras miserias y conducirnos a la conversión, que es "sentir como Cristo, pensar como Cristo, vivir como Cristo" (cfr. S.S. Francisco, 24 de febrero de 2015). Nos quiere - así como lo plantearon los Obispos en Aparecida -, incorporados a Cristo, miembros vivos de su Cuerpo, sus discípulos, testigos y

misioneros. Nos quiere, por una parte, muy centrados en Cristo, arraigados en su Cuerpo que es la Iglesia, testigos transparentes de Su Presencia que nos constituye, nos cambia y nos hace crecer en humanidad, no obstante nuestras resistencias y caídas; y, por otra parte, descentrados, en salida hacia todas las periferias sociales y existenciales, para ir al encuentro de nuestros hermanos y compartir, por desborde de alegría y gratitud, el don que nos ha llenado de “sentido”, de felicidad y esperanza, que es un bien para todos sin exclusiones.

IMPLICADA EN LA VIDA Y DESTINO DE LAS NACIONES

En la pasión por Cristo y por el propio pueblo, sabemos bien que la Iglesia como tal no tiene una vocación de poder, su misión no se reduce a objetivos políticos, no se deja enredar en manejos de la praxis política. No cree que la política es la redención. Incluso el Señor mismo ha desacralizado la política al afirmar “dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios” (Mc. 12, 17). No es misión de la Iglesia ni derribar y cambiar regímenes políticos y de gobierno ni ser capellana o sacristana de ellos. Le es fundamental la libertad con la que Cristo nos ha liberado para afirmar la libertad y originalidad de su misión.

Sin embargo, la Iglesia no se desinteresa de la política. Ella misma está implicada en la vida y destino de las naciones. No deja de ser presencia de amor y de verdad en todos los ámbitos de la convivencia humana. No se deja encerrar en los templos y las sacristías y menos aún reducir el Evangelio al solo dominio de la vida privada. Educa en las virtudes humanas y cívicas. Conduce a la conversión, con la fuerza suave del Evangelio, el corazón de las personas, su vida misma, sus criterios de juicio, sus actitudes y comportamientos, su mirada sobre la realidad, y transformarlas en protagonistas de la construcción de un mundo más humano y fraterno.

La muy alta credibilidad que goza la Iglesia en los países latinoamericanos – creciente aún con este pontificado del papa Francisco – da más resonancia a la misión de los Pastores de anunciar, con autoridad y profecía, los grandes principios y juicios que han de guiar el comportamiento de los católicos en la “polis” e incluso de todos los hombres de buena voluntad y recta conciencia que buscan el bien común. Sus relaciones personales, como Pastores, con representantes de gobierno, dirigentes políticos, empresarios y sindicalistas, académicos y periodistas, líderes populares, pueden ser muy eficaces para interpelar, inquietar y mover las conciencias hacia efectivas políticas de bien común.

EL PAPEL INDISPENSABLE DE LOS CRISTIANOS LAICOS EN LA “POLIS”

Los cristianos laicos constituyen la inmensa mayoría del santo pueblo de Dios, en el que todos los bautizados comparten la misma dignidad, la común vocación a la santidad, la única fe, esperanza y caridad, la corresponsabilidad por la misión de la Iglesia. Son más del 80% los bautizados católicos en América Latina, dentro de muy

diversos círculos concéntricos de comunión y adhesión. Están definidos por la novedad del bautismo, según la modalidad de la “índole secular”.

Si a la Iglesia en cuanto tal no le corresponde reducir su misión a la política, a los cristianos laicos les compete primordialmente vivir su bautismo, crecer en el Señor, dar testimonio de la fecundidad transformadora y constructora del Evangelio, su riqueza de humanidad nueva, en los entramados de la propia vida personal familiar, laboral y política. Si toda la misión de la Iglesia tiene una dimensión secular, por la lógica de la encarnación – estar en el mundo sin ser del mundo, para la salvación del mundo –, esa “índole secular” se realiza en modo prioritario y fundamental por medio de los cristianos laicos. A ellos les corresponde impregnar de espíritu cristiano las leyes, las costumbres, las estructuras y ambientes de la convivencia en la “polis”. Su contribución singular e indelegable es la de participar en las responsabilidades ciudadanas, en la dialéctica democrática, para transformar el mundo según el Evangelio de Cristo.

A los 50 años de la conclusión del Concilio Vaticano II, las preciosas y siempre actuales enseñanzas de las Constituciones conciliares, especialmente en el eje de la *Lumen Gentium* y de la *Gaudium et Spes*, con su complemento del decreto *Apostolicam Actuositatem*, así como de la Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, han ayudado a profundizar en su dignidad bautismal, identidad cristiana, participación en el sacerdocio, regalidad y profecía de Cristo, plena membresía en la Iglesia, cuya contribución singular a la evangelización es ordenar y transformar las estructuras de la convivencia social en camino a la plena manifestación del Reino de Dios.

CAUSAS DE UN DEFICIT DE PRESENCIA

Si se tiene presente el santo pueblo de Dios en América Latina, ¿cómo no reconocer los testimonios de vida nueva y los frutos evangélicos que los cristianos comparten por doquier, en todos los ambientes y situaciones de la convivencia social? Hay mucha gratuidad y generosidad que se comparte en la vida de familia, en el heroísmo de muchas madres, en la perseverante educación de niños y jóvenes, en la caridad ante los hermanos en condiciones de pobreza, sufrimiento, enfermedad y discapacidad, en la solidaridad con los excluidos y descartados, en la ayuda y acogida a los migrantes, en la visita a las cárceles y hospitales y en muchas otras modalidades y ocasiones. Abundan las obras de misericordia, corporales y espirituales, en los países latinoamericanos.

Sin embargo, quedamos interpelados por “la notable ausencia” de presencias y voces significativas y coherentes de líderes católicos en ámbitos políticos, académicos y de comunicaciones en América Latina. Así lo decía el papa Benedicto al inaugurar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (cfr. Discurso inaugural, 13 de mayo de 2007) y lo confirmaban los mismos Obispos presentes (nn. 501-508). ¿Cómo es posible que en un continente de grandes mayorías

de bautizados, en los que el Evangelio tiene aún mucho arraigo en la vida y cultura de los pueblos y naciones, se de dicho déficit de presencia?

Sin duda son muchos los líderes que se proclaman católicos – y más en tiempos del actual pontificado - : nadie puede juzgar sus conciencias, pero sí sus comportamientos y obras que, a menudo, están en contradicción con las enseñanzas de la Iglesia. Muchas veces esta confesión proviene de la participación en la religiosidad de su pueblo, pero otras es sólo un tributo a una tradición cultural, o incluso la búsqueda de consensos y clientelas políticas.

Al analizar esta carencia de presencias relevantes y coherentes, hemos compartido diversas hipótesis para explicarla. En la base hay ciertamente un déficit en la comprensión de la fe, que no se vive como el don del encuentro con Cristo que abraza todas las dimensiones de la existencia personal y colectiva, sino que se reduce a la participación a algunos actos episódicos de culto, adhesión aproximada a algunas doctrinas y preceptos morales, a un espiritualismo abstracto y evanescente. Así se incuba el divorcio entre fe y vida, del que hablaba el Concilio Vaticano II (cfr. *Gaudium et Spes*, n. 43). La vida de la persona se parcializa en compartimentos estancos: uno de ellos, el religioso, no comunica con los otros (cfr. *Chritifideles laici* n. 59). No es, pues, el afecto decisivo de la propia vida, sino que termina por ser superfluo. Pesa también el cisma tradicional entre las elites secularizadas, dependientes de los modelos ideológicos de las metrópolis, y el catolicismo barroco de los sectores populares.

En medio de las transformaciones epocales que se están viviendo, a menudo los cristianos laicos sufren de un vacío de referencias orientadoras y de pensamiento y quedan sometidos al influjo capilar de agendas y paradigmas de la cultura dominante - relativista, hedonista, utilitarista -, asimilados a la mundanidad. Las idolatrías del poder y del dinero hacen que los intereses políticos y económicos pesen más y sean más determinantes que su participación en la comunión y misión de la Iglesia. Influye también un clericalismo subyacente por el que los Pastores consideran a los laicos sólo como colaboradores de los escasos sacerdotes en la parroquia y como “agentes pastorales”, absorbidos éstos en tareas eclesíásticas, mucho más que constructores de la sociedad desde el Evangelio profesado (cfr. *Evangelii Gaudium* n. 102).

LA FORMACIÓN DE UNA NUEVA GENERACIÓN DE LAICOS

Esta carencia ha provocado el llamamiento, por parte de los Sucesores de Pedro, a la formación de una nueva generación de cristianos laicos comprometidos en la vida pública de las naciones (cfr. S.S. Benedicto XVI, Cagliari, 9 de setiembre de 2008; audiencia a participantes en Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, 15 de noviembre de 2008; discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 13 de mayo de 2007).

Formar no se puede reducir por cierto a “informar”; no se resuelve esta carencia con cursos y seminarios de formación política o de doctrina social, por más

que puedan ser de utilidad e incluso necesidad. La Iglesia no tiene que formar ante todo políticos sino cristianos. Y es una paciente y perseverante formación de esa multitud de bautizados, dando mucho mayor importancia, compañía y método a la iniciación cristiana y a la catequesis para el crecimiento en el Señor hasta la conformación de personalidades cristianas maduras. En ese sentido, la formación ha de ser sobre todo una con-formación a Cristo hasta poder llegar a exclamar con el apóstol: “No soy yo quien vivo sino Cristo que vive en mí” (Gal. 2, 20). Si se da ese proceso de crecimiento e identificación con el Señor, entonces todo lo demás vendrá por añadidura.

UNA REVISIÓN NECESARIA

Cierto es que dicha carencia de cristianos en la vida pública pone interrogantes muy serios e interpellantes a la formación cristiana que se brinda en las comunidades parroquiales. Como toda la Iglesia, han de ser comunidades misioneras, en salida y al encuentro de las personas, las familias y la porción de pueblo que le han sido confiadas. De ellas se espera que se conviertan en comunión de comunidades misioneras.

En esta perspectiva, hay que seguir con atención y cuidado pastoral lo que ofrecen y proponen en esta formación las comunidades eclesiales de base o pequeñas comunidades, bien integradas en la comunión eclesial, atentas a las necesidades de los grupos humanos en donde están implantadas. Mucho se espera también de la formación de nuevas generaciones cristianas que proceden del florecimiento de numerosas y variadas asociaciones, movimientos y nuevas comunidades eclesiales, superando las tenazas entre un espiritualismo evasivo y un activismo secularizado.

Esta exigencia de formación cristiana integral requiere que se revise y, cuando necesario, se reoriente y relance, el trabajo educativo en escuelas, colegios y universidades católicas o de clara inspiración cristiana. Hay cierta desproporción entre las inversiones educativas fundamentales de la Iglesia católica a través de dichas instituciones y los resultados que se obtienen en cuanto a la formación integral de líderes católicos en los más diversos ámbitos académicos, intelectuales y profesionales, cada vez más importantes para el futuro de nuestras naciones.

POCO RECONOCIDOS, ACOMPAÑADOS, ESCUCHADOS Y SOSTENIDOS

Existen no pocos católicos que dan testimonio de su fe en la vida pública, en sus diversos ámbitos, o que se preocupan por su vida cristiana en las diversas dimensiones de sus actividades. Muchas veces esos laicos católicos se sienten algo solos, en diáspora, aislados, no reconocidos ni acompañados. Los cristianos laicos que viven su fe cristiana en la vida pública necesitan primero ser reconocidos. Muchas veces los Pastores no conocen cabalmente los “recursos humanos y cristianos” con que cuentan en sus Iglesias.

En segundo lugar, estos cristianos laicos necesitan ser valorizados por los Pastores, lo que implica convocarlos, escucharlos, servirse (en el mejor de los

sentidos) de ellos, de su experiencia y competencia, alentarlos en sus compromisos. Hay muchas cuestiones complejas para la misión de la Iglesia en el orden del “bios”, de la energía, del ambiente, de la economía, de la revolución de las comunicaciones, de la creación artística, de la educación, en las que católicos competentes pueden prestar un indudable servicio a la pastoral y a la misión de la Iglesia. Incluso más: estarían orgullosos y felices de ser convocados y valorizados de tal modo.

Importante, pues, es esa proximidad de los Pastores a estos cristianos laicos, sea por el encuentro con sus Obispos o con sacerdotes especialmente delegados al respecto. Importa también que, a la vez, los Pastores respeten la libertad y responsabilidad con que los fieles laicos asumen sus responsabilidades y opciones en el campo temporal, sin esperar consignas clericales, con un propio ámbito de autonomía (que no quiere decir de libertad para cualquier tipo de opciones que se opongan a enseñanzas eclesiales). En lo que es de ámbito prudencial, sean prudentes los Pastores en dicha actitud de respeto y no pretendan que los fieles laicos se conviertan en una especie de brazo secular de consignas clericales y reivindicaciones confesionales.

En ese sentido, cabe señalar que muchas veces los cristianos laicos experimentan la realidad de la política como lo que es realmente: un arte del compromiso, en el que ideales e intereses se combinan en varias formas y se confrontan en la dialéctica democrática plural. Pretender que la política tenga que realizar plenamente los ideales significa muchas veces caer en un angelismo utópico que defrauda y encierra en el ghetto de católicos “puros y duros”, tan intransigentes como impotentes. Para los laicos católicos se trata no de apuntar al mal menor sino al mejor bien posible.

Todo ello hace parte de esa “conversión pastoral” que el Papa Francisco está pidiendo especialmente a los Obispos y a sus colaboradores en el ministerio presbiteral. Es errada la actitud de los Pastores que establecen distancias rígidas con los laicos que asumen responsabilidades en los diversos campos de la vida pública, con la finalidad de no “comprometerse” con sus posiciones y opciones. Como lo es también la de los laicos que buscan el sello del apoyo eclesiástico para sus opciones contingentes.

LA IN-CORPORACIÓN EN UNA CONCRETA COMUNIDAD

Es fundamental para todos los bautizados y de modo muy especial para los cristianos que asumen responsabilidades en la vida pública de las naciones estar bien integrados en una concreta comunidad eclesial, sea de nivel parroquial, de pequeña comunidad, de movimiento eclesial o de otras instituciones católicas.

No sirve una abstracta referencia a la comunión católica, sino que ésta debe experimentarse por integración en una comunidad cristiana empírica, que abraza toda la vida de los que pertenecen a ella, que sea para ellos casa y escuela de oración, ámbito de vida nueva, lugar de revisión de vida entre los hermanos en la fe, a la luz de la Palabra de Dios y sostenidos por la participación frecuente en la liturgia y en

los sacramentos de la Iglesia. Sólo así se puede ir logrando que los criterios con que se afrontan las responsabilidades en la vida pública estén fraguados, formados y verificados por la pertenencia eclesial, o sea, por la luz y la sal del Evangelio de Cristo y por el magisterio de los Obispos. Si no se da esta concreta in-corporación, en todo su significado teológico y eclesial, pastoral y educativo, la diáspora y el aislamiento de los cristianos en la “polis” corre el riesgo inminente de sucumbir a la mundanidad, terminar en el anonimato y dejar cuerda libre al propio individualismo, por lo general bajo la inducción de las agendas de los medios del poder, de la comunicación social y de las modas.

Más los laicos están en las periferias y en las fronteras, más se mueven en medio del pluralismo social, político y religioso, más afrontan cuestiones complejas y dramáticas de la convivencia social..., más han de estar arraigados en el concreto cuerpo de la comunión eclesial.

UN NECESARIO DISCERNIMIENTO

No es trabajo fácil discernir el paso de Dios en medio de las vicisitudes y los ajetreos de la vida personal y colectiva. Esos signos de la presencia de Dios en el mundo, muchas veces en medio de situaciones complejas y ambiguas, allí donde descuellan gestos de bien, verdad y belleza, allí donde se alzan preguntas y anhelos de “sentido”, incluso allí donde se rechaza esa presencia y se la ataca, requieren un delicado discernimiento.

Este discernimiento comienza de rodillas, en una disciplina de oración, mendigando la gracia de Dios. Requiere también tener en cuenta el método ulterior que el Beato Pablo VI indicaba en la Carta apostólica *Octogesima Adveniens* (n. 4): discernir con la ayuda de la comunidad cristiana – como ha sido anteriormente dicho -, en comunión católica, en seno de la propia Iglesia local, a la luz de la Palabra de Dios y de la guía de los Pastores, y también en diálogo con los cristianos de otras confesiones y comunidades y con hombres de buena voluntad.

Es tarea fundamental una educación de los cristianos que no separe el creer y el saber, sino que ayude a crecer en la fe como mirada y método de conocimiento de la realidad.

REHABILITAR LA DIGNIDAD DE LA POLÍTICA

Hoy día es muy necesario rehabilitar la dignidad de la política, ordenada hacia el bien común y no desordenada por la idolatría del poder y el dinero y ensuciada por altos niveles de corrupción en la que los intereses individuales y corporativos tienden a prevalecer. Las clientelas políticas, la pésima formación y gestión de administraciones públicas, la tendencia a la especulación financiera por sobre la economía real, la crisis de la cultura del trabajo y las búsquedas de ganancias a todo costo, así como las formas delictivas de ese enriquecimiento, son el caldo de cultivo de la degeneración de la política.

De todos modos, esas situaciones de degeneración no tienen que alejar a los cristianos de la responsabilidad ciudadana e incluso de la acción política. Tengan bien presentes de no fomentar exclusivamente una imagen de la política como lugar en que se ensucian las manos, sino de estimar y alabar el significado propio de la política, como lo ha hecho el Concilio Vaticano II y los sucesivos pontífices (cfr. *Gaudium et Spes*, n. 75; S.S. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 28; S.S. Francisco, 2 de abril de 2013). La política es, ¡nada menos!, una alta expresión de la caridad, cuando tendida a la consecución del bien común. La praxis política embarra las manos, pero muchas veces no las ensucia.

LA DIVERSIDAD DE ÁMBITOS DE LA VIDA PÚBLICA

Cuando nos referimos a la vida pública no nos concentramos exclusivamente en las instituciones y en la praxis política, en sentido estricto.

El matrimonio y la familia son del orden de la intimidad, pero no sujetos privados sino públicos y de la máxima importancia. Son las células fundamentales de todo el organismo social. El Estado ha de estar al servicio de las personas y de las familias, en primer lugar. En ellas es donde las personas viven sus afectos primordiales, la base de su educación, los valores y virtudes de la propia vida. En ellas se experimentan las relaciones fundamentales de nupcialidad, paternidad y maternidad, filiación y fraternidad. Patria viene de paternidad, nación evoca maternidad, pueblo es la fraternidad más allá de la sangre. Esas mismas experiencias humanas son fundamentales en la revelación de Dios, en la vida según la gracia, en la comprensión de la Iglesia. Por eso, están definidas desde el designio creador de Dios, arraigadas en la sacramentalidad de la Iglesia, que considera la familia como “iglesia doméstica”. Por esto, el testimonio y la custodia de la verdad y la belleza de la vida matrimonial y familiar es el primer servicio de los cristianos a la persona, a la sociedad, a la vida pública de las naciones. Por esto también cabe reclamar de los Estados políticas que sean adecuadas para el bien de las familias. Sin embargo, la realidad concreta de las familias se ha visto muy fuertemente impactada, en las últimas décadas, por profundas transformaciones sociales y culturales que la han disgregado, dispersado y malherido, mientras que no han faltado modalidades agresivas de “colonización ideológica” para confundirla y desvirtuarla, promovidas por fuertes poderes trans-nacionales.

Otro ambiente importante de la presencia cristiana en la vida pública es el de la economía, en los que se juega la creación y distribución de la riqueza, a la luz del señorío de las personas sobre las cosas, mediante la santificación en el trabajo, teniendo siempre presente la hipoteca social de toda propiedad privada, la positiva sinergia entre mercado, solidaridad, justicia y gratuidad, así como la destinación universal de los bienes. Hay que romper en este ámbito con el paradigma humano reducido a productor y consumidor. Fundamental es que no falte nunca una política que tienda al pleno empleo, a la creación de empleos por todos los medios posibles, combatiendo la plaga de la desocupación, sobre todo de los jóvenes. Prevalga

siempre la dignidad del trabajo y del trabajador. Es necesario, pues, que los católicos empresarios sepan promover caminos de reforma de la empresa en cuanto comunidad humana, que capitaliza todos los talentos y diversas responsabilidades, creciendo conjuntamente sea en productividad y rentabilidad que en la coparticipación de los trabajadores en la vida y beneficios de la misma.

Es escasa hoy día la presencia de los cristianos en los movimientos sindicales de trabajadores, actualmente sometidos a fuertes crisis y requeridos de profundos repensamientos, aunque no falte la defensa por parte de la Iglesia de los legítimos derechos y aspiraciones que muchas veces representan. No olviden estos sindicatos la vasta realidad de los precarios y excluidos, convirtiéndose en corporación de meros intereses profesionales.

La Iglesia tiene que dar también especial atención pastoral a los laicos católicos empeñados en el trabajo educativo a diversos niveles, sea en sus propias instituciones que en los vastos mundos de las instituciones de enseñanza no confesionales. Los católicos comprometidos en esta tarea tienen que ser puestos en condiciones de poder crecer en la síntesis iluminadora de ambas alas del conocimiento, la fe y la razón en sus distintas disciplinas, y dar un testimonio cristiano personal y de sabiduría educativa que los convierta en auténticos maestros atractivos y estimulantes para el libre crecimiento humano y cristiano de sus estudiantes. La formación de profesionales en las más distintas disciplinas requeriría que fuera no sólo de excelencia académica, pero que no concentrara en el solo beneficio personal de los nuevos profesionales sino que fuera animada por una fuerte proyección al bien común de las naciones y al servicio de los más vulnerables y desamparados.

En la educación superior, hay muchos desafíos complejos que el desarrollo científico y tecnológico plantea a la humanidad de las personas, a la cultura de los pueblos y al desarrollo de las naciones y de la misma civilización, en los que los laicos católicos que se desempeñan a niveles universitarios y de centros especializados tendrían que considerarse desafiados en su fe y contar con un diálogo cercano y muy serio con los Pastores.

No abandone la Iglesia a los artistas, cultivadores de esa belleza que es patrimonio de la cultura de los pueblos y que puede ser, como lo es muchas veces, una vía que conduce a Dios.

En tiempos de revolución de las comunicaciones, que están provocando profundas transformaciones culturales, nuevas formas de lenguaje y capilares influjos en la vida de las personas y las naciones, es muy importante que la Iglesia sepa darse una “estrategia” al respecto, sea en la formación de católicos que sepan afrontar el desafío de los “medios”, sea en la difusión de una conciencia crítica respecto a su gestión y a sus contenidos, sea en la relación con los mismos comunicadores.

NUEVAS MODALIDADES DE PARTICIPACIÓN EN LA POLÍTICA

Hoy día los partidos políticos tradicionales se han ido disgregando mucho y degenerando en corporaciones de políticos profesionales en la auto-referencialidad

del poder. La participación ciudadana en la vida política hoy desborda sus canales tradicionales del ejercicio del gobierno, de los partidos y clubes políticos. Se han ido multiplicando las modalidades de participación ciudadanas en la cosa pública.

Las redes sociales tienen fuerte capacidad de convocatoria para imponer agendas y suscitar movilizaciones, aunque no puedan escapar de sus propios límites virtuales, de la exaltación de emociones y agresividades, de lanzar consignas sin pensamientos ni argumentos, de cierta banalización de la comunicación. De todos modos, es muy importante la competencia, experiencia y compromiso de muchos católicos en esos nuevos ámbitos de comunicación, cada vez más universales e invasores.

Desbordan también los tradicionales cauces de la política, la multiplicación de organizaciones no gubernamentales, de iniciativas de voluntariado, de formas de auto-organización de sectores populares y de excluidos, de redes de cooperación en el trabajo, de actividades caritativas y asistencias ante muy diversas necesidades, de irrupción de nuevos actores como las comunidades indígenas, las agrupaciones de “género”, las variadas iniciativas de segmentos de nuevas generaciones juveniles y otros. ¡Cómo no tener presente al respecto las sucesivas reuniones que tuvo el papa Francisco con los movimientos populares en el Vaticano (29 de octubre de 2014) y en Santa Cruz de la Sierra (9 de julio de 2015)! En muchos de estos ámbitos la presencia de los cristianos laicos es muy significativa y merece la estima y el aliento pastoral.

EL PATRIMONIO DE LA DOCTRINA SOCIAL

En todos los ámbitos de la participación de los cristianos en la vida pública resulta fundamental que ellos conozcan, asimilen y sean capaces de inculturar creativamente el patrimonio de la doctrina social de la Iglesia.

Sus principios fundantes de dignidad trascendente de la persona – jamás reducida a partícula de la naturaleza, a apéndice del cuerpo humano, a fuerza bruta de trabajo, a mercadería, a mero productor y consumidor, a ciudadano totalmente sometido al poder del Estado -; de la subsidiariedad, o sea de la libertad y responsabilidad de participación, a nivel de estructuras “intermedias” de la sociedad civil, comenzando por la familia, en la libre asociación para la gestión ciudadana de servicios, más allá de la bipolaridad Estado-mercado; y de la solidaridad, animada por la fraternidad y la caridad, combatiendo contra el difundirse de la indiferencia y del egoísmo, apuntando al bien común, con referencia prioritaria a los pobres, con los pobres (cfr. Consejo Pontificio Justicia y paz, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*).

El papa Francisco nos está destacando factores muy concretos para una convivencia social que afronte el problema de la inclusión y la equidad, reclamando techo, trabajo y tierras para todos (como lo ha hecho en sus discursos a las organizaciones populares). La educación, la generación de empleos y la seriedad de las instituciones aparecen como otros factores fundamentales para el desarrollo de nuestros países. La doctrina social de la Iglesia llama también a reconstruir la amistad

social cuando excesivas polarizaciones y contraposiciones ideológicas y de poderes terminan por disgregar la experiencia de patria y nación. La Iglesia en América Latina se ha hecho asimismo adelantada y profeta de la unidad latinoamericana, en una Patria grande inclusiva, alentando procesos de integración a todos los niveles, sobre la base de una historia común, comunes matrices culturales, la predominancia de dos lenguas intercomunicadas como el español y el portugués, la común tradición católica, la defensa de ideales e intereses comunes en un mundo cada vez más aguerrido en sus competencias económicas y políticas. La encíclica *Laudato si'* invita a alargar horizontes, más allá del cortoplacismo y las miradas estrechas, afrontando grandes temas de alcance civilizatorio, como son los del cuidado del ambiente natural y humano para una convivencia digna de todo el hombre y de todos los hombres.

No basta, por cierto, reiterar estos principios hasta el cansancio, si no se procede, a la vez, a la formación de los sujetos aptos para aplicarlos creativamente en la vida pública. Ello requiere que la dimensión social del Evangelio y el patrimonio de la doctrina social de la Iglesia estén bien incorporados en los procesos de crecimiento de los cristianos. Requiere también una contribución cristiana indispensable en ir siempre recreando gradualmente en el seno de los países la conciencia del pueblo como sujeto de la propia historia y destino, constructor de la nación, cultivando lo mejor de su tradición, una memoria común, esa amistad social de base, un banco común de trabajo, una experiencia de vida buena y una común esperanza de mayor fraternidad, justicia e inclusión de todos.

Más la Iglesia está involucrada en la vida y destino de las naciones, más apasionada por el bien del propio pueblo, más está lanzada en un dinamismo misionero, más abraza con la caridad a todos y en especial a los pobres, pequeños y sufridos, más es capaz de educar a una mirada cristiana sobre toda la realidad, ... más surgirán auténticas vocaciones políticas de los laicos católicos en todos los ámbitos de la vida pública.

SÍNTESIS DE RECOMENDACIONES PASTORALES

1. Para afrontar el indispensable compromiso de los laicos católicos en la vida pública de los países latinoamericanos es necesario tener presente como telón de fondo:
 - que la Iglesia católica no tiene una vocación de poder, pero que está profundamente implicada en la vida y destino de las naciones;
 - que el santo pueblo de Dios está muy compenetrado con los pueblos latinoamericanos, por inculturación de la tradición católica y su expresión en la “religiosidad popular;
 - que abunda por doquier el despliegue de la caridad y gratuidad, la generosidad y solidaridad de los cristianos, mediante las más diversas obras de misericordia, materiales y espirituales, que responden a las variadas necesidades de nuestros pueblos;
 - que no se advierte, sin embargo, desde el seno de los pueblos, la novedad de una corriente viva de laicos católicos que, a nivel latinoamericano, estén abriendo caminos al Evangelio, con coherencia, valentía y competencia, en la vida pública de nuestros países (o, al menos, que las experiencias al respecto resulten insuficientes).
2. Este tiempo de la Misericordia convoca a un profundo examen de conciencia de los cristianos, para tomar conciencia de la dignidad y responsabilidad de su condición de bautizados, para invocar el perdón de los pecados de acción y omisión, para reconciliarse con Dios que salva, para salir al encuentro de los hermanos latinoamericanos heridos por la injusticia, pobreza, la violencia y el sufrimiento, para ser constructores de una cultura fraternal del encuentro y de la convivencia.
3. Todos los bautizados están llamados a renovar el encuentro personal con Cristo para la propia conversión de vida: sentir como Cristo, pensar como Cristo, vivir como Cristo. Sin ese encuentro siempre renovado con Cristo, experimentado como respuesta sobreabundante y satisfactoria a los anhelos de amor y verdad, felicidad y justicia, del corazón humano, no hay compromisos de cristianos que no decaigan en esterilidad y escepticismo.
4. Es muy interpelante y desafiante la ingente tarea de ayudar a crecer a la multitud de bautizados en América Latina como discípulos y misioneros de Jesucristo, desde una exigente iniciación y reiniciación cristianas hasta la conformación de personalidades maduras en la fe de la Iglesia. La “conversión pastoral” a la que invita el papa Francisco requiere una revisión muy seria de cómo proceden efectivamente las estructuras de formación cristiana en la Iglesia: las familias cristianas, las parroquias, las comunidades eclesiales de

base y pequeñas comunidades, las asociaciones de fieles, los movimientos eclesiales y nuevas comunidades, las instituciones católicas de enseñanza (desde escuelas a Universidades).

5. Más allá de las tendencias a la auto-referencialidad eclesial, al repliegue temeroso o a la asimilación mundana, la “conversión misionera” de la Iglesia en América Latina ha de ser testimonio, anuncio y servicio de vida nueva y buena para todos los latinoamericanos. Eviten los laicos toda tendencia a la “clericalización” o a la “mundanización”.
6. Compete a los laicos católicos ser testigos de Cristo, portadores de su evangelio y constructores de nueva y buena convivencia en el entramado mismo de la sociedad. Son los laicos católicos que viven una vida cambiada por el encuentro con Cristo, los que dan testimonio de la fuerza transformadora y constructora del Evangelio en la vida pública, participando en la dialéctica democrática y colaborando para ir creando condiciones de mayor justicia, paz y fraternidad en sociedades inclusivas y fraternas. Colaboran así en la edificación del Reino de Dios en medio del mundo.
7. Si bien todos los cristianos tienen que interesarse por el bien común, hay que alentar a laicos católicos que se comprometen en las instituciones y en la praxis política, llamados a colaborar en la rehabilitación de la dignidad de la política como alta forma de la caridad y servidores apasionados de su pueblo y especialmente de los pobres y los que sufren.
8. El primer compromiso de los fieles laicos en la vida pública concierne al matrimonio y la familia, que son del orden de la intimidad pero no cuestión “privada”. En la custodia, propuesta y experiencia de la verdad, bondad y belleza de la vida matrimonial y familiar están en juego la calidad de vida de las personas y naciones.
9. Es oportuno señalar que la vida pública incluye ciertamente la política “*tout court*”, pero también la economía y la cultura. Por eso, la Iglesia ha de prestar especial atención pastoral a políticos, economistas, empresarios y sindicalistas, educadores, académicos e investigadores, comunicadores y artistas. No hay que olvidar a todos los cristianos que ofrecen su contribución al bien común mediante su participación en organizaciones no gubernamentales, iniciativas de voluntariado o en muchas otras modalidades de libre asociación caritativa y solidaria para responder a necesidades sociales. La participación política no se da sólo por medio de los cauces tradicionales sino también mediante las redes sociales y una diversidad de movimientos populares, que hay que seguir con atención, proximidad y solidaridad.

10. Los Obispos y sacerdotes han de saber estar en proximidad pastoral a todos los que asumen responsabilidades en los diversos ámbitos de la vida pública y especialmente, entre ellos, a quienes se confiesan cristianos y se preocupan por vivir su fe en el ejercicio de dichas responsabilidades. Se pide a los Pastores que sepan reconocerlos y alentarlos, que sepan convocarlos y escucharlos, que sepan utilizarlos (en el mejor de los sentidos) para bien de la misión de la Iglesia y su servicio a las personas y a la sociedad, que sepan buscar las modalidades adecuadas para compartir con ellos la buena nueva del Evangelio, los tesoros de la doctrina cristiana y sus orientaciones pastorales. Sepan los Pastores respetar la legítima autonomía y el respeto a la libre responsabilidad de los laicos en sus opciones y gestiones temporales, sin pretender convertirlos en brazos seculares de intereses confesionales. Sepan también que en la dialéctica democrática y en sociedades plurales no se puede jugar al todo o nada, respetando a los laicos católicos que buscan no el mal menor sino el mayor bien posible.
11. Es fundamental que los fieles laicos que ejercen responsabilidades en los variados ámbitos de la vida pública estén bien in-corporados en una concreta comunidad eclesial, que sostenga, interpele y alimente su fe, que los ayude en su discernimiento, para que la misma fe no vaya desgastándose y conformándose a la mundanidad.
12. Es necesario proceder a todos los niveles de la vida eclesial a una educación de los cristianos para saber crecer en la inteligencia de la fe como inteligencia de toda la realidad, guiados por el magisterio de la Iglesia. En ese sentido, la doctrina social de la Iglesia tiene que ser parte esencial de todo proceso de catequesis en la Iglesia. Su patrimonio debe ser conocido y asimilado, especialmente por los cristianos que asumen responsabilidades importantes en la vida pública de las naciones. Sus principios de dignidad de la persona, subsidiariedad y solidaridad, de gran vigencia actual, son irrenunciable y fundamental contribución para el bien común. No basta repetir literalmente dichos principios, sino saber fundarlos en la fe e inculturarlos creativamente como hipótesis de transformación y construcción en una sociedad determinada.
13. Los fieles laicos comprometidos en la vida pública han de evitar las polarizaciones entre espiritualismos evanescentes y activismos secularizados. Su encuentro con el Señor, en la comunión eclesial, ha de cultivarse con la participación en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia y con la propia disciplina de oración personal y comunitaria. Éste es oxígeno en los pulmones en medio de las vicisitudes absorbentes de los compromisos en la vida pública.

14. Más allá de la polarización entre partidos “confesionales” y diásporas anónimas e irrelevantes, importa que los fieles laicos comprometidos en la vida política se reconozcan en una comunión eclesial más profunda y decisiva que la legítima diversidad eventual de sus opciones políticas, que no falte su unidad ante cuestiones éticas fundamentales y que esa comunión tienda a ser educadora de ideales convergentes.
15. No hay que tener miedo de considerar la contribución que la Iglesia pueda dar para un renovado proyecto histórico en América Latina. ¿Qué significa concretamente para América Latina esa cultura del encuentro que propone el papa Francisco? ¿Qué implica el amor preferencial por los pobres? ¿Cómo combinar el crecimiento económico con el compromiso por la solidaridad, la inclusión, la equidad, la justicia? ¿Qué nos enseña su crítica radical a las idolatrías del poder y la riqueza, a la concentración ilusoria y desmedida de esperanzas en las políticas del Estado y en la “mano invisible” del mercado? ¿Cómo acompañar la lucha por la dignidad del trabajo y el trabajo para todos? ¿Cómo hacernos partícipes de su tenaz y profética defensa de la paz contra toda violencia? ¿Cómo hay que custodiar y promover esos pilares de construcción de toda sana convivencia, que son la vida, la familia, la educación, la salud, el trabajo, la seguridad? ¿Cómo acompañar y abrir caminos a las reivindicaciones de organizaciones populares por trabajo, techo y tierra para todos? ¿Cómo reconstruir y movilizar la libertad y responsabilidad de las personas y el protagonismo de los pueblos? ¿Cómo rehabilitar la política en su dignidad de forma excelsa de la caridad y encaminarnos hacia democracias maduras? ¿Cómo asegurar el desarrollo industrial y tecnológico con el cuidado del ambiente natural y humano? ¿Cómo dar nuevo ímpetu a la unidad e integración para ir conformando la “Patria Grande” latinoamericana?

PONTIFICIA COMISION PARA AMERICA LATINA

Oficinas:

Palazzo San Paolo

Via della Conciliazione, 1 (I-00193 Roma)

Tel: (+39) 06.69883131/ (+39) 06.69883500; Fax: (+39) 06.69884260

Email: pcal@americalatina.va

Web: www.americalatina.va